

"va, por ser medianamente parlamentaria. Mas entre las afirmaciones de sabios respetables que hablan de hechos comprobados por ellos y la negacion sin pruebas del gran rabino, hablando de hechos que le son extraños, la Academia decidirá."

Por otra parte, termina el mismo médico, si en Francia los judíos son 400,000 ó sea 1 por cada 360 habitantes, no debería hallarse en la institucion de sordomudos de París, más que 0,5 de hebreos, existiendo por término medio en ella 200 sordo-mudos, y como el mismo gran rabino declara encontrarse en dicha institucion 2 judíos nacidos en Francia, claro está que el contingente real que ellos dan de sordo-mudos en la institucion de París, sobrepuja ó excede 4 veces al contingente legal.

Los diversos elementos que sucintamente hemos examinado deben separar á toda persona prudente de contraer alianza con los de su propia sangre, puesto que el principal fin del matrimonio no es otro que perpetuar la especie por la generacion de nuevos individuos, procurándolos bien conformados, con vitalidad prepotente y libres de todo padecimiento; y está demostrado por la observacion y la estadística que la falta de cruzamiento, ó en otros términos el desposarse entre sí los que ya tienen un parentesco natural, origina con asombrosa frecuencia en los hijos alteraciones de conformacion, vicios funcionales y enfermedades, de las que unas como el albinismo, la idiotez y la retinitis pigmentosa, dimanan en muchos casos del influjo consanguíneo, y por más que no se haya demostrado plenamente, existen hechos bastantes á establecer una persuasion bien motivada. Y en cuanto á la accion de la consanguinidad en la aparicion de la sordo-mudez congénita, por más inexplicable que sea este fenómeno, no caben vacilaciones de ningun género; pues cuenta en su apoyo la experiencia, corroborada por el método numérico, que consultado por varios observadores y en localidades apartadas ha venido siempre á determinar la parte innegable que corresponde al parentesco de los padres en la produccion de este desenvolvimiento defectuoso en el aparato auditivo y en el órgano de la palabra.

Nos permitiremos, no obstante, apuntar que á nuestro juicio conviene ateso-

rar nuevos hechos y prolongar la observacion por más tiempo antes de pronunciar un fallo definitivo é irrevocable que solo debe ser hijo de una conviccion medida y severa, y de tal modo basada que haga imposible la contradiccion y aun la duda.

DR. M. PIZARRO Y JIMENEZ.

PLEGARIA DE LOS LIBRES.

Las almas puras y libres inmenso clamor alzaron. Oh Dios! oh fuente de vida! ¡habrá siempre sangre y llanto! Sobre el corrompido mundo ¿cuándo será tu reinado? El hombre que Tú creaste, yace en tenebroso caos: parece su inteligencia místico blandon funerario que agita viento de muerte extinguirlo amenazando. Oscuras nubes la cercan, su sol descende al ocaso, y en breve palideciendo dará su postrero rayo: entonces como enemigos arrojarán fieros dardos contra sus hijos el padre, contra su hermano el hermano: las palabras más sagradas serán horribles sarcasmos. "Oh Dios, Piadoso y Eterno, ¿habrá siempre sangre y llanto? "Sobre el corrompido mundo ¿cuándo será tu reinado?"

El hombre que Tú creaste, lo creaste soberano; envilecido está ahora, porque ahora yace esclavo: aun lleva en su frente el sello que déspotas le marcaron, sin que la sangre y los siglos hayan podido borrarlo. Aun el hombre arrastra al hombre á sacrilego mercado: la raza de Júdas vive de la virtud siendo escarnio; que si aquel vendió á su padre, hay quien vende á sus hermanos. Y hay tambien de la soberbia engendros torpes y vanos: ídolos de bronce y oro sobre pies de frágil barro, que señores se apellidan, oprimen con rudo brazo, la usurpacion hacen ley, haciendo suyo lo extraño: ¡mentira! tan solo es Dios

señor absoluto y santo! ¡Cuándo caerán bronce y oro roto el cimientó de barro! "Dios, Libertador Sublime, ¿habrá siempre sangre y llanto? "Sobre el corrompido mundo ¿cuándo será tu reinado?"

El tiempo rápido vuela y deja en pos desengaños, y escombros de otras naciones que inmortales se juzgaron: gloria vana y llanto cierto brotan do quiera sus fastos. Por esa gloria mentida, por la ambicion de un tirano, van ejércitos enteros á morir como rebaños. Porque la astucia engañosa la verdad ha disfrazado: deber y honor apellida la obediencia del esclavo, y fulmina sus legiones terror y luto sembrando. Aun tiene altares la fuerza; mientras sin pudor el labio llama edades de barbárie á los siglos que pasaron. "¡Vuélvenos, oh Dios, tus ojos! "¿habrá siempre sangre y llanto? "Sobre el corrompido mundo ¿cuándo será tu reinado?"

En tu justicia infinita, en tu saber soberano, te hiciste padre de todos, á todos hiciste hermanos: sobre sus frentes pusiste el mismo celeste manto, donde tu bondad publican soles mil con ígneos rayos. Mas pronto el orgullo fiero rompiendo el amante lazo, dió al poder y dió á la fuerza nombres y títulos altos, y para el mísero y débil halló palabras de escarnio. Al hombre apartó del hombre, guerra y odios engendrando: así sus fétidas aguas, entre risueños collados, para marchitar su pompa aglomera hediondo lago, y se torna cieno impuro lo que fué verdor lozano. "Oye, oh Dios, nuestras plegarias! "¿Habrá siempre sangre y llanto? "Sobre el corrompido mundo ¿cuándo será tu reinado?"

Con las frentes inclinadas, mal envueltos en harapos, de vuestros propios sudores regad los agenos campos, mientras vigorosos nervios

se hinchen en los duros brazos; que despues en premio justo ¡oh victimas del trabajo! no tendreis un pié de tierra de tan espaciosos campos, y á la humillante limosna tendereis cansada mano. Quizá el opulento dueño del surco que habeis labrado, si os arroja una moneda, el rostro vuelva con asco; que á quien vive entre placeres enoja el dolor extraño. La misma muerte no alcanza de la miseria á libraros; os despreciarán ya muertos los que en vida os despreciaron: y sin luces ni plegarias, envueltos en sucio paño, os llevarán á la huesa tal como grosero fardo: ni un nombre allí... vuestros hijos ¡ay! os buscarán en vano. Pero ¿quién se compadece del hijo del proletario? "Compadécete, Dios grande, "enjuga su acerbo llanto. "Sobre el corrompido mundo ¿cuándo será tu reinado?"

En mitad de un grande pueblo se alza un infame cadalso: cércanle espadas y lanzas de innumerables soldados: muy tristes las armas brillan del sol á los tibios rayos: muy triste retumba en torno ronco tambor destemplado; y la cruel muchedumbre como revuelto océano, en gruesas olas se agita por todas partes luchando; no para tornar en polvo aquel inicuo tablado donde la justicia humana, en su justísimo fallo, castiga un crimen con otro, de su poder abusando; sino para ver más cerca aquel espantoso cuadro: para beber la agonía, sin verter acerbo llanto. Allí vá á morir un hombre con la muerte del malvado. La vida paga la vida. ¿Y podrán pagar acaso los que de ambicion movidos á miles las arrancaron? Esos... que indecente incienso reciben de torpes labios? No patíbulos; mas palmas, laureles huellan sus pasos: héroes los llama la historia... Los que huérfanos quedaron, esos padres ya sin hijos,

esos pueblos asolados,
y de los muertos las almas
que á otras esferas volaron,
ante el tribunal del cielo
¿cómo los habrán llamado?...
"Grande es, oh Dios, tu justicia,
¿por qué siempre sangre y llanto?
"Sobre el corrompido mundo
¿cuándo será tureinado?"

Las almas puras y libres
así á los cielos clamaron.
Su voz flotó como incienso,
atravesó el grande espacio,
del Señor en los oídos
quedó perenne vibrando,
y en el libro de la vida
con fuego se vió grabado:
Siete veces es bendito
el justo que vierte llanto;
es maldito siete veces
quien desconoce á su hermano.
"Sobre el corrompido mundo
pronto será mi reinado."

NARCISO CAMPILLO.

EN EL CAMPO.

Faltó el bienhechor influjo
de la lluvia apetecida:
¿qué amargas calamidades
triste el pueblo vaticinal!

Ante su choza sentado,
con la mano en la mejilla,
humilde anciano aparece
contemplando las campiñas.

Sin cesar por los espacios
tiende afanoso la vista...
¿Algo espera? Extrañas frases
de sus labios se deslizan.

Y ya fijando los ojos
en las vegas amarillas,
ora contemplando el cielo,
deja que corran sus días.

I.

—¿Qué importa que abril llegára
con su alegre comitiva
de pintadas mariposas,
de canoras avecillas;

Si por collados y vegas
aridez tan solo mira,
y marchitas á su paso
las arboledas se inclinan?

¿Qué importa que entre las hojas
asome gallarda espiga,
si no tendrá de la tierra
la sávia que necesita?

Sol de fuego, sol de fuego,
tú ajarás su lozanía,
que no hay frescura en su tallo

para que á tu ardor resistan.

Doradas cual en estío
pronto estarán las campiñas;
mas ¡ay! que estéril el seno
será de la miés erguida.

La indigencia con su corte
de dolores y perfidias,
invadirá macilenta
las ciudades y las villas.

Piedad, oh Autor soberano;
tiende tu diestra propicia;
descienda el santo rocío,
á los campos dando vida.

Nuestros sembrados bendice,
que ya sin vigor declinan:
pan demanda el pobre anciano
para su triste familia.

II.

Auroras de primavera,
mañanas de abril tranquilas,
bellas fuísteis á mis ojos
cuando el Hacedor quería.

Profunda tristeza ahora
á mi corazón inspiran,
vuestro cielo despejado,
vuestras áuras fugitivas.

Que ellos no son precursores
de la lluvia apetecida
que los collados y vegas
bienhechora fecundiza.

Mas ¡ah! venid, hijos míos...
¿Será ilusión? ¿No se miran
en la región de Occidente
apacibles nubecillas?

No es ilusión... contempladlas,
blancas, por el sol heridas,
deslumbrantes se presentan,
como nevadas colinas.

¡Suben! ¡Suben!... Ya en montañas
aparecen convertidas...
ya sueltas por los espacios,
cuál monstruos alados, giran.

¡Ay! se alejan... Deteneos...
por el solano impelidas,
cuál desbandadas palomas,
pasan, pasan fugitivas.

Aire fatal, ya á tu influjo
despejado el cielo brilla...
las esperanzas murieron
de mi angustiada familia.

III.

Cuando con horror los mares
el triste naufrago mira,
alienta si blanca vela,
aunque distante, divisa.

Naufrago soy que al espacio
tiende sin cesar la vista...
mas ¡ay! la señal que anhelo
ni aun en lontananza brilla.

Pero ¿qué gratos presáegios
hallan las miradas mías?
¿Qué me dicen esas plantas

que lozanas resucitan?

¿Qué esas hebras tan brillantes,
como la seda mas fina,
que ténues el aire pueblan
en multitud infinita?

¿Qué anuncia el volar rastrero
de la alegre golondrina,
y qué con extraños píos
murmuran las avecillas?

Acaso... ¡Ilusiones bellas
que el pensamiento acaricia!...
Silencio... ¡ya tantas veces
os he llorado perdidas!

Está despejado el cielo...
solo donde el sol declina
oscura franja aparece
con los montes confundida.

Nube que cual tumba escondes
al astro puro del día,
¿devolverás la esperanza
á mi angustiada familia?

IV.

¿Qué rumor se escucha, apenas
su claridad indecisa
triste y perezosa el alba
deja ver tras las colinas?

¿Cuánta frescura en el campo!
¿Qué suavidad en la brisa!...
Es la lluvia deseada!
¿Bendita sea, bendita!

Dejad el caliente lecho,
mis hijos, corred aprisa
á respirar el ambiente
que recrea y vivifica.

Ved cuál las selvas recobran
su verdor y lozanía,
y cuál ya los arroyuelos
por los valles se deslizan.

Ved cuál al peso del agua
inclinanse las espigas...
no temáis, álzanse en breve
con nuevo esplendor y vida.

¿Quién osado ni un instante
de tus leyes desconfia,
de tu piedad desespera,
¡oh Providencia divina!

Tú, que hasta el mísero insecto
dás alimento y guarida,
¿olvidarias al hombre,
¡al hombre! tu obra más digna?

¡Oh! ¡gracias! Ya bienhechora
tiendes tu diestra propicia...
Pan tendrá el humilde anciano
para su pobre familia.

Dice: la copiosa lluvia
no al tierno padre intimida
y ufano vá entre sus hijos
á recorrer las campiñas.

¿Qué paz, qué dulce esperanza
por donde quieran se miran!
¿Qué animadas discusiones
los labradores suscitan!

Plácidos murmullos suenan

por las aldeas vecinas,
y óyense alegres cantares
en los llanos y alquerías.

¡Oh! parece que un momento
sus mútuas quejas olvidan
los hombres, y á Dios bendicen
cual una sola familia.

ANTONIA DIAZ DE LAMARQUE.

El Convento de la Magdalena.

En la poética provincia de Valencia, cerca
de la capital y en el término del histórico
pueblo de Museros, existe un antiguo con-
vento. Situado en una hermosa vega, rodea-
do por todas partes de un extenso y rico vi-
ñedo, poblado además de olivos y algarrobos,
presta, sin embargo, á todo el paisaje un
tinte severo y sombrío.

Una espaciosa cisterna, con un agua fres-
ca y pura, le hacen ser bastante visitado,
sobre todo en verano, de los que van á aque-
llos pueblos á admirar los prodigios de la
agricultura ó de los que, menos entusiastas,
solo tratan de pasar un buen día, entregán-
dose á los placeres que proporciona lo que se
llama una *paella*.

Con el doble propósito citado le visitaba
yo una tarde en compañía de varios amigos;
habíamos ya agotado los recursos del buen
humor, y como reacción muy natural nos
dió á todos por filosofar.

Ya nos habia expuesto gran número de
profundas consideraciones nuestro amigo Fé-
lix, cuando el médico de Museros, que nos
acompañaba tambien, le interrumpió dicién-
do:

—¿Quiéren ustedes escuchar la relacion
de un hecho, que llenó de consternacion á
los pacíficos habitantes de estas cercanías?

—Con muchísimo gusto, respondimos á
coro.

—Pues silencio y atencion, y dió princi-
pio á su historia de la manera siguiente:

I.

A fines del siglo pasado vino á establecer-
se en una alquería cercana al pueblo, un ex-
tranjero con una jóven sumamente bella,
que parecia ser su esposa. Esto nada te-
nia de particular, y así es que pasados los
primeros momentos, nadie se volvió á ocu-
par más de ellos. Los documentos que acre-
ditaban su procedencia estaban en regla, y

no pudo haber dificultad alguna en que se estableciesen en aquel punto, y disfrutasen tranquilamente en él los productos de la propiedad que poseían en su país.

Un hidalgo, cuyo nacimiento era un misterio, habitaba en el mismo pueblo. Oton, que tal era su nombre, no había conocido á los que le dieron el ser. Los únicos recuerdos que tenía de su infancia eran un país frío, cubierto durante todo el invierno de nieve y en el verano de abundantes pastos, pero de una pobre vejetacion. Los únicos secretos que se le habían revelado sobre su existencia eran el ser hijo de un gran señor que le proporcionaba los medios de vivir con un modesto capital: el signo infalible para conocer á su padre, un fragmento de una moneda de plata. A la edad de seis años había sido trasladado á Valencia y á la de veinte quedó dueño de su albedrío por la muerte de los encargados de cuidar de su educacion, y deseando la soledad se trasladó al pueblo de Museros y allí consumía lentamente su juventud.

Siempre triste y taciturno, no habían conseguido disipar su melancolía las ardientes miradas de las bellas vírgenes de ojos negros de los alrededores, ni habían podido arrancar un suspiro de su pecho los apasionados gemidos exhalados por su apuesta donosura y gentileza.

La fama de inconquistable de que gozaba pareció oscurecerse algo á la llegada de la extranjera. Por su parte los jóvenes que habían admirado la belleza de esta, afirmaban que no era insensible á los obsequios del galán; por unos y otros se susurraba que habían llegado á mantener unas inteligentes relaciones; pero las personas graves y sesudas calificaban de malas lenguas á las que esto decían, y se admiraban de la malignidad que conducía á difamar de esta manera virtudes como las de la encantadora Elena. Tan seguro es que siempre ha habido gentes demasiado suspicaces y hombres juiciosos dispuestos á poner las cosas en su verdadero lugar.

Sin embargo, lo cierto es que algunos días que el extranjero tenía que ir á la capital, una sombra se deslizaba á lo largo de las sendas, y un hombre franqueaba la puerta de la alquería habitada por la bella jóven.

II.

Penetremos en una de esas noches detrás del hombre y observemos qué es lo que ocurre en las habitaciones de aquella casa.

En un reducido gabinete encontramos á

nuestros dos héroes. Elena y Oton se encuentran entregados á una amorosa plática. Las lágrimas brillan en los ojos de la hermosa, el amor y la cólera mezclados es lo que expresa la mirada del jóven.

—Ay, Oton! no encontraremos jamás la felicidad, decía la doncella.

—Por qué no, Elena mía? contestó el mancebo con un acento en que se notaba todo lo intenso, todo lo infinito de su pasión.

—Mi tirano no me abandona sino estos cortos instantes, en que tengo la dicha de verte: se ha propuesto vencer mi constancia y me atormenta á todas horas con la proposicion de un amor que cada vez me es más odioso: por él me ha arrancado del seno de mi familia donde vivía feliz y me ha traído á este país, lejos de mi pátria, para que mis lamentos se pierdan con la inmensidad de la distancia, para que mi voz quede sin eco y mi desesperacion sin consuelo.

—¿Y ese odioso hecho ha de quedar impune? ¿No has acudido á ponerte bajo el amparo de las leyes de este país?

—Las leyes no hubiesen podido hacer nada en mi favor; ha logrado proveerse de falsos documentos que acreditan soy su esposa, y nadie hubiese querido creer á una pobre jóven, ni proteger mi debilidad contra un hombre que no repara en medios y á quien no detiene ningun crimen.

—Infame! exclamó con reconcentrada rabia Oton.

—Las fuerzas me abandonan de día en día: un año entero de sufrimientos y de opresion han mermado mi energía, mi alma no pierde el valor, pero mi cuerpo es débil, y de no haberte encontrado hubiese tenido que sucumbir y ser la esposa del único ser á quien odio.

—La infinita justicia de Dios, que no puede consentir estos crímenes, me ha puesto en tu camino: yo te emanciparé del ominoso yugo que pesa sobre tí; y cuando te vea libre y feliz, cuando te haya restituido á tu familia, tu amor compensará todos mis peligros, consolará mis dolores, será mi vida, mi alma, mi inteligencia, mi fé, mi adoracion.

—Que el Señor escuche tu voz, respondió suspirando la bella.

Los medios para lograr su evasion y contar con el tiempo suficiente para no ser perseguidos, formaron la última parte de esta interesante conversacion: un apasionado beso fué su último adiós, una mirada intensa, enamorada, ardiente, cruzó la última y recíproca protesta de amor de los dos jóvenes. La alegría debía reinar en sus corazones y, sin embargo, sus facciones expresaban la tris-

teza; parecía que un mudo presentimiento les amenazaba con alguna desgracia.

Parecía que el ángel del mal se complacía en atormentar aquellas dos almas generosas, en cubrir de densos nubarrones el cielo de la esperanza de su futura dicha.

El corazón es un profeta: cuántas veces nos advierte las desgracias que nos amenazan; cuántas veces nos indica los medios de evitarlas; en cuántas ocasiones caemos por no hacer caso de sus secretos impulsos en algun lazo tendido por la maldad de algunos hombres, ó nos vemos amenazados de un terrible peligro que nuestra mala suerte nos depara!

¿Quién es capaz de comprender todos los secretos resortes del alma humana, quién llega jamás á conocer la causa de nuestras extrañas prevenciones, de nuestras inexplicables simpatías, el por qué de nuestros violentos odios, ó de nuestros más enloquecedoras pasiones?

Pero si no podemos explicarnos las causas, conocemos por lo menos perfectamente los efectos, y podemos afirmar que hay corazones que vibran unidos y corazones que se repelen, almas que se comprenden é imaginaciones que nunca se podrán poner de acuerdo, que nunca se encontrarán en armonía.

Al entregarse al descanso aquella noche, una oracion á Dios fueron las últimas palabras de la bella, una plegaria al Altísimo el último pensamiento del galán, y es que aquellas dos almas puras é inocentes ponían su confianza en el Supremo Hacedor, su debilidad bajo el amparo de la fuente de todo bien. Pero parecía que Dios con su inexplicable sabiduría tenía reservado para la casta doncella el martirio en esta vida y la felicidad en la eterna.

III.

Una noche pura, un tiempo sereno y apacible favorecían el proyecto de los dos enamorados. No habrían dado las diez y yá se encontraba Oton junto á las tapias de la Magdalena, sitio designado para la reunion de los amantes.

La pura y blanca luz de la luna iluminaba la copa de los olivos que proyectaban mil caprichosas y fantásticas sombras; de cuando en cuando é interrumpiendo el silencio uno de esos mil vagos y apagados ruidos hacían creer á nuestro héroe que se acercaba su amada; pero la absoluta calma que les sucedía le demostraba su error.

El que haya estado esperando el momento de ver á la vírgen de sus ensueños, á la muger que reasume en sí nuestras más caras

afecciones, á la jóven causa y motivo de sus más enérgicas aspiraciones, de sus más generosos esfuerzos, comprenderá perfectamente los mil encontrados sentimientos que agitaban al mancebo.

La duda, el temor, la impaciencia se retrataban en su hermoso semblante, cada minuto le parecía un siglo, cada momento una eternidad. Las horas pasaban y pasaban, las estrellas adelantaban en su camino y el mismo silencio respondía á sus preguntas y á sus quejas.

La fiebre se había apoderado de su cuerpo, su cabeza ardía, mil extraños presentimientos se presentaban á su imaginacion, por todas partes creía ver fantasmas lúgubres, mensajeros de desgracia.

Su paciencia tuvo un término, su fuerza de voluntad un límite, su prudencia un fin. El alba empezaba á rayar y su desesperacion le hizo correr á casa de su amada. El mismo silencio, la misma tranquilidad: todo estaba anunciando allí el reposo, las ventanas cerradas, la más profunda oscuridad en el interior; pero este reposo tenía algo de solemne, algo de vaporoso, mucho de vago y extraño. La imaginacion de Oton creía ver en él, el descanso que reina en la última morada, en la mansion de los muertos.

¿Qué razones habían podido impedir á su amada asistir á tan importante cita? lo habría impedido la presencia del extranjero? se habría apercibido este del proyecto? y en este caso, ¿qué consecuencias podría traer la cólera de un hombre que no se había detenido ante crímenes tan odiosos como los que ya había ejecutado; de un hombre que había sido bastante audaz para arrancar á Elena del seno de su familia y ponerse á cubierto de las leyes por medio de una falsa documentacion?

Estos pensamientos se presentaban á la imaginacion del enamorado, confusos como las sombras de los crepúsculos, ardientes como las lavas de un volcan, rápidos como las aguas de un torrente.

Su razon se extraviaba, su inteligencia se perdía en mil vanas conjeturas, nada calmaba su ansiedad, nada mitigaba su dolor, estaba calenturiento, febril, desesperado.

El sol había ya llegado á la mitad de su carrera y la continuacion de la soledad, del silencio hacían presagiar al jóven un abandono ó una catástrofe.

Algunos campesinos se habían detenido á mirar con extrañeza aquella casa cerrada á las horas en que todas las demás estaban abiertas, á las horas de mayor animacion, de mayor actividad; sin embargo, se conten-

taban con hacer diversas suposiciones sobre tan extraño suceso, cuando Oton, dirigiéndose á ellos, los exhorta á inquirir las verdaderas causas de él, les decide, se arroja el primero á forzar la puerta, esta cede, y penetran en el interior, recorren varias habitaciones y en todas hallan el abandono y la soledad; últimamente, les parece que han tropezado en la oscuridad con una persona, la llaman y no responde, abren una ventana y la luz del día que penetra en el cuarto, ilumina un horroroso cuadro. Elena está tendida sobre su lecho, exánime, con una ancha herida en el costado, de la que mana sangre caliente, sus hermosas facciones expresan el terror, sus brazos rígidos la lucha, los dedos del asesino están marcados en su nacarado cuello, el hierro homicida permanece en la herida todavía.

Ante tan espantoso espectáculo, la cabeza del jóven se desvanece, exhala un ahogado grito y cae al suelo desplomado, sin sentido.

IV.

Diez años han pasado. El que fué en el mundo el hidalgo Oton, es en el convento de la Magdalena el padre Juan de S. Miguel. Con la vista fija en la casa donde habitó el sueño de sus amores y la esperanza en Dios, ha podido encontrar si no el olvido de su honda pena, sí la resignacion cristiana y la infalible esperanza de una vida perfecta en donde reunirse con su amada.

Las heridas no se han cicatrizado, la sangre brota aun de aquel lacerado corazon; pero la religion del Crucificado ha derramado sobre aquella alma toda la dulzura, todos los inefables consuelos que posee y ha sido el bálsamo neutralizador de los terribles efectos que debía producir aquel inmenso sufrimiento.

La tristeza y el ayuno habian hecho surcar de prematuras arrugas aquel rostro noble y varonil y daban á su fisonomía un tinte dulce, grave y melancólico. La capucha y el sayal del franciscano, le prestaban un aspecto grave y austero y completaban aquella figura severa en que se pintaban á la vez la justicia y la clemencia; poderosas palancas de la religion cristiana.

Sus grandes virtudes, sus frecuentes penitencias y la ardiente caridad que motivaba todas sus acciones le hacian ser amado con frenesí por todos los habitantes de los alrededores y en todas las ocasiones que de él se hablaba, se le citaba como un modelo de santidad.

Una tarde del mes de noviembre habia

permanecido más tiempo del acostumbrado en la reducida plazoleta que dá entrada á la iglesia: era una de esas magníficas tardes de otoño en que el cielo se muestra sereno y despejado; una de esas tardes que tan extraño aliciente nos ofrecen, que producen en nuestro corazon una impresion vaga y desconocida, que nos muestran las íntimas relaciones que ligan á todos los seres de la creacion. Acababa de presenciar el grandioso fenómeno de la postura del sol y su imaginacion excitada por las últimas sombras de los crepúsculos volaba por las regiones del infinito. La inmensidad de los espacios celestes, la luz de las primeras estrellas que empezaban á brillar, luz que parecia la consecuencia de una lucha entre el día y la noche, la belleza de la vegetacion y los últimos y vagos ruidos de la vida que cesaba, contribuian á formar un poderoso atractivo para aquel alma dolorida.

Ocupado á la vez su corazon por la creencia de los sagrados dogmas y por el triste recuerdo de sus desgraciados amores, sentia una melancolía infinita; un fantástico sueño se habia apoderado de su imaginacion y le parecia que separándose de la sociedad de los vivos, volaba por el mundo de la inmortalidad á reunirse con su adorada.

Largo tiempo estuvo sumido en este profundo éxtasis, hasta que el frio de la noche vino á sacarle de su sopor.

Ya iba á retirarse para acudir al cumplimiento de sus monásticos deberes, cuando una voz extraña le dirigió esta pregunta:

—Padre, ¿podríais escuchar mi confesion?

Oton se volvió hácia el que turbaba el silencio de esta manera, y vió á su lado á un decrepito anciano con trage de peregrino.

—Pasad al templo, hermano, le contestó, y allí podré escucharos.

—No, padre, insistió el viajero, es voto particular, que tiene que recibir mi confesion un religioso de este convento y en este mismo sitio.

Esta singular exigencia causó mucha extrañeza al monge, le pareció haber oido aquella voz en otra ocasion y fijó una curiosa mirada en el desconocido: las facciones de este indicaban una prematura decrepitud, apenas tendria cincuenta años y sin embargo á primera vista representaba lo menos setenta.

Necesitando la vénia del prior para acceder á la pretension del anciano, se ausentó por breves momentos el padre Juan. Despues de volver con la indispensable licencia, el peregrino dió principio á su narracion de

esta manera.

V.

Nací en Copenhague: descendiente de una noble estirpe y criado en medio de la opulencia, no ví nunca sino personas dispuestas á satisfacer mis caprichos: mis padres me abandonaron al cuidado de personas mercenarias y estas se dedicaban más á halagarme por adulacion, que á educarme, en el verdadero sentido de la palabra.

Este sistema dá siempre funestos resultados y los debía dar mucho peores en mí por mis condiciones particulares: dotado de un temperamento bilioso, orgulloso con mi nacimiento, no podia tolerar ni aun las menores contrariedades: la más pequeña oposicion me exaltaba y ponía fuera de mí: esto me hacia ser desgraciado, me imposibilitaba de tener amigos, para no ver sino dóciles esclavos: el amor debía ser para mí una palabra hueca de sentido: su lugar debía ser ocupado por la prostitucion.

A los 19 años me encontré completamente libre, dueño de una inmensa fortuna y rodeado de una corte de aduladores, bajos y serviles, que acababan de hacer desaparecer en mí las pocas buenas cualidades que yo podia poseer.

Para colmo de desgracias me trasladé á París, y aquella corte corrompida borró completamente de mi corazon las escasas nociones de virtud que intuitivamente tenia y las substituyó por las pasiones más inmundas, por los vicios más desenfrenados y por el más espantoso cinismo que ha podido nunca dominar á un hombre.

La prostituta de elegante traje fué el tipo que yo me formé de la mujer, no concebía el amor sino como un goce que costaba más ó menos caro, segun la belleza de la que lo proporcionaba y la tontería del que trataba de adquirirlo.

Acompañado siempre de libertinos, reparaba mis horas entre el juego, el vino y el amor de mujeres degradadas y envilecidas.

A pesar de esto, todavía se me presentó, en medio de esta vida desordenada, una esperanza de salvarme de aquel cenagal, de salir de aquella atmósfera corrompida, y esta esperanza fué el amor de una mujer; pero donde creí encontrar el afecto, no encontré sino el capricho: yo la hubiese querido hacer mi esposa y ella quiso ser mi querida. Como fruto de aquellos amores ilícitos tuve un hijo que mandé á educar á mi pais natal. Nada he vuelto á saber de él.

Esta última decepcion me arrojó completamente en la senda del escepticismo: pen-

sé ver en todas partes el comercio, y siendo muy rico y tratando con gente tan envilecida, durante mucho tiempo no ví sino ejemplos que corroboraban mis ideas.

Mi alma se encontraba en este aterrador estado, mi imaginacion no admitia que pudiese existir la virtud ni la dignidad en nadie, cuando dió principio el suceso que ha dejado una honda huella en mi corazon, un remordimiento eterno en mi conciencia, un crimen que ha minado mi existencia é impreso en mi faz la señal de los réprobos. Al decir esto el anciano se detuvo como si no se atreviese á pasar más adelante, un temblor convulsivo agitó todo su cuerpo.

—La misericordia de Dios es grande, dijo el padre Juan invitándole á seguir: si vuestro crimen es inmenso, es infame, su clemencia es infinita, y lo infinito no tiene límite.

Repúsose el peregrino con estos consuelos, y despues de haber descansado un momento prosiguió de este modo.

VI.

Una tarde que, cansado de mis desórdenes y deseando aire libre para respirar, me paseaba por las afueras de la ciudad, ví una jóven que me causó una impresion extraña. Su belleza me ilusionó, su hermosa presencia cautivó mi corazon; pero lo que produjo en mí una emocion difícil de explicar, fué su aire tímido y modesto. Si hubiese tenido alguna nocion del bien, hubiera dicho que su fisonomía estaba respirando la pureza, la virginidad; me pareció un ser distinto de los que estaba acostumbrado á ver bajo el traje de aquel sexo, no era el tipo que me habia formado de la mujer, habia en ella algo que yo no habia visto nunca, mucho de superior á lo que yo habia conocido.

Pasó por mi lado sin reparar siquiera en mí, y esto acabó de excitar mi curiosidad; acostumbrado á las provocativas miradas de las cortesanas, esta conducta me extrañó sobremanera. Su compañera, pues no iba sola, era una mujer anciana, en cuyo rostro se veia marcada, la severidad unida á la dulzura. Un vivo deseo de conocer á la hermosa desconocida se apoderó de mi espíritu y la seguí.

Despues de andar algun tiempo, entró en una casa de mediano aspecto. Segun se me dijo era hija de un antiguo oficial francés. En la época en que la conocí era huérfana de padre y su familia poseia un modesto bienestar.

Su belleza me interesó lo bastante para

que se despertase en mí la avaricia de poseerla: creía que podría contarla como la heroína de una de mis muchas aventuras, pero me equivoqué completamente: el más absoluto desprecio fué la única contestacion que obtuvieron mis proposiciones.

Mi empeño creció con las dificultades; lo que empezó por ser una mera curiosidad y después un capricho, se convirtió en una pasión inmensa, infinita, mi corazón palpitaba con violencia á un solo recuerdo, siempre tenia presente su divina imagen.

Convencido de la solidez de su virtud, de la pureza de sus ideas y de lo inútil de mis esfuerzos, pensé en la manera de interesar su corazón por medios no reprobados. Desde entonces todos mis esfuerzos se dirigieron á lograr que me aceptase por su compañero, por su esposo; pero mis anteriores proyectos la habian ofendido, y en su corazón no podía haber para mí sino desprecio en lugar de el amor que hubiese colmado mi felicidad. Ni el aliciente de mis riquezas, ni la radical reforma que yo introduje en mis costumbres, ni la formal promesa de ser siempre su esclavo, pudieron decidirla. En vano la supliqué exigiésemos de mí las pruebas que quisiese, en vano la dije que por rudas que fuesen estaba dispuesto á cumplirlas con tal de hallar gracia á sus ojos; su corazón permanecía frío, sus oídos sordos á mis súplicas. Quise lograr que su familia me concediese su mano, y su familia se manifestó enérgicamente dispuesta á dejarla la libre elección del que debía compartir con ella los disgustos y las alegrías, los sinsabores y las felicidades de esta vida.

Todo esto exaltó mi iracundo genio y juré que habia de ser mía contra su voluntad y contra la de su familia; juré que habia de vencer su constancia por medio del sufrimiento, ya que no podía vencerla por la adoracion.

Inútil sería explicaros los odiosos medios empleados para apoderarme de aquella joven: baste decir que una noche dormia libre, independiente y feliz en los brazos de su familia y por la mañana despertaba cautiva en un carruaje que la conducia al lugar de su destierro, al punto que debía ser su prision y su tumba.

Una extraña impresion se pintó en la fisonomía del fraile: al oír estas palabras sus mejillas palidieron y sus facciones parecieron expresar á la vez el dolor y la rabia.

El anciano continuó su narracion diciendo:

Esta bárbara resolucion no abatió su valor, ni hizo desfallecer su energía; yo la ama-

ba cada dia más y ella me correspondia sintiendo cada vez por mí un odio y un desprecio más profundo. Teniéndola en mi poder, fácilmente hubiese podido conseguir, si hubiese querido, la posesion de su cuerpo; pero esto no hubiera satisfecho mi pasión: lo que yo deseaba era ser dueño de aquel alma hermosa y grande, que latiese por mí aquel corazón, que se fijasen en mí sus ardientes ojos, ocupar el primer lugar en aquella privilegiada imaginacion, entre aquellos pensamientos nobles y elevados.

Así pasaron algunos meses: esta desesperada lucha me hacia cada vez más sombrío, despertaba en mí pensamientos más crueles. Alguna vez los sueños me representaban á aquella mujer en brazos de otro y entonces mi rabia no conocia límites y mi imaginacion se llenaba de sangrientos pensamientos.

Poco despues de nuestro establecimiento en este pais, elegido por mí por creerme en él más seguro, me pareció notar que algun pensamiento amoroso ocupaba la imaginacion de mi cautiva, encargué mayor vigilancia que nunca á la vieja criada que la guardaba en el tiempo que duraban mis periódicos viajes á Valencia, y las noticias que esta me dió acabaron de confirmar mis sospechas.

En cuanto pude convencerme de la certeza de mi desgracia, traté de hacer aceleradamente y de una manera silenciosa los preparativos de una marcha que pusiese mucho tiempo y mucho espacio entre la dama y el galán de sus pensamientos.

Pero era tarde: apenas habia empezado á disponer todos estos recursos, cuando mi criada me anunció que tenian concertada una evasion. Mi cólera se desarrolló de una manera terrible, satánica, entré en el cuarto de mi prisionera y la ví preparándose para la fuga: en sus ojos brillaba una grande esperanza, sus facciones expresaban el amor y la alegría, tuve celos, pero unos celos horribles, desgarradores, un pensamiento del infierno ocupó por completo mi alma y entonces...

—¿Qué hicisteis entonces? preguntó con ansiedad mal disimulada el padre Juan.

—Entonces me arrojé sobre ella como un tigre herido, quiso gritar, pero mi mano oprimió su garganta, mi ancho puñal se hundió en su costado.

—Su nombre? preguntó con voz cavernosa el monge.

—Elena y nuestra habitacion era allí, respondió el extranjero, señalando con la mano una alqueria iluminada por la blanca luz

En la primera Misa de mi querido amigo el poeta D. Luis Herrera.

I.

Al llamar el clarín á la pelea, dudoso tiembla y pálido el guerrero? Nó, que su fiera vista centellea y animoso desnuda el limpio acero: hijos y padres y mujer querida, casa paterna, tálamo hechicero, adios quedad: cual flecha despedida vuela al combate en su corcel ligero.

II.

Al porvenir su espíritu lanzando en su denuedo su esperanza fia, es el ancho pendon que vá ondeando la columna de fuego que le guia: ceñir aguarda el láuro de la gloria que á los voraces tiempos desafia, y oye su nombre en la futura historia cual lejana y magnífica armonía.

III.

Quizá con saña indómita la muerte que hiende el bronce y roca más segura, penetrará en las médulas del fuerte cavándole ignorada sepultura: sobre ella en vez de fúnebre lamento y de honroso laurel que siempre dura, gemirá de la tarde el triste viento y pondrá el animal su planta impura.

IV.

Mas si su espada ardiendo resplandece y al enemigo con furor devora, si es su yelmo cometa que aparece sobre las aguas de la mar sonora; si el genio de los triunfos le acompaña y le cubre con ala protectora, y lleva el nombre y voz de cada hazaña desde el ocaso á la distante aurora:

V.

¡Oh! notemais por su memoria nunca, que vibrará en el eco repetido; ni el tiempo que las torres mina y trunca, del héroe rompe el pedestal erguido. Altos aplausos gozará su nombre, vencedor de la noche del olvido; porque aplausos prodiga ciego el hombre al que sangre de hombres há vertido.

VI.

Tú eres tambien intrépido guerrero y dejas ¡ay! á tu familia amada; mas no te cubre fulgurante acero, ni sangre viertes con la diestra airada. Tu cólera es amor, amor fecundo;

de la luna.

Un vértigo espantoso se apoderó del fraile: la sombra de su amada, bella, pura, ensangrentada, se presentó ante la imaginacion de Oton, le pareció verse rodeado de un océano rojizo, la caridad cristiana se borró de su alma, las nociones de perdon y olvido desaparecieron de su corazón, solo pensó en la venganza, en una venganza horrible, satánica, así es que loco, ébrio, delirante se arrojó sobre el peregrino.

—Socorro, articuló este con voz ahogada.

—Muere, miserable! contestó el antiguo amante de Elena, apretando entre sus garras de hierro la garganta del desconocido.

Algunos segundos duró esta horrorosa agonía. Cuando Oton abrió sus manos, un cuerpo exánime cayó á tierra. Al mismo tiempo el choque sobre el pavimento de un cuerpo metálico produjo un sonido argentino.

Un presentimiento diabólico hace que el monje se baje á recojerlo; era una moneda de plata, partida: su imaginacion impresionada por los remordimientos del crimen se aterra, compara aquel fragmento con el que tenia en su poder como indicio seguro para conocer á su padre, y vé que ajustan exactamente.

Entonces, su mirada se extravía, su razon se debilita, le parece ver el dedo de Dios señalándole como al mayor de los criminales, se encuentra rodeado de cien ángeles dispuestos á aniquilarle con sus espadas de fuego y una carcajada seca y aguda resuena en el espacio: se habia vuelto loco.

En aquel momento las voces de los frailes elevaban en el coro sus plegárias, para que Dios tuviese misericordia de los que morian en pecado mortal.

Durante mucho tiempo los supersticiosos labradores han creído oír la carcajada del parricida, la queja de la inocente víctima y el lamento del criminal castigado por la mano de su hijo.

Hé ahí la historia que me recuerda ese paredon, dijo el médico de Museros.

Eso es horroroso, exclamó uno de nuestros compañeros de expedicion.

Mi amigo Eduardo no contestó: suspiró solamente: quizá pensaba en su amada muerta en la flor de su edad.

ENRIQUE SERRANO.